

WARHAMMER
40,000



IMPERIO OSCURO

GUY HALEY

minotauro



IMPERIO OSCURO

UNA NOVELA DE LA ERA INDOMITUS

GUY HALEY

minotauro

Imperio Oscuro nº 01

Published by Black Library, 2017
Copyright © Games Workshop Limited
Originally published as *Dark Imperium*

Dark Imperium, Imperio Oscuro nº 01, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Ariadna Cruz González, 2023
Imagen de cubierta: Vladimir Krisetskiy

Edición revisada por Juan Pascual Martínez

ISBN: 978-84-450-1514-8
Depósito legal: B. 6133-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

PRIMERA PARTE

LA MUERTE
DE UN PRIMARCA

HACE 10 000 AÑOS

CAPÍTULO UNO

THESSALA

Es *imposible* para el ser humano abarcar todo el vacío.

En la galaxia que la humanidad considera su hogar hay trescientos mil millones de estrellas. Cientos de miles de millones de mundos giran en torno a esas estrellas, y los espacios que se encuentran entre ellas están plagados de una diversidad de objetos que resulta imposible enumerar. La galaxia de la humanidad no es más que una de entre billones de galaxias en un universo de tamaño inconmensurable. Incluso las distancias entre cuerpos astronómicos próximos resultan inconcebibles para unas criaturas que han evolucionado para recorrer un único y pequeño mundo.

Es por eso que el vacío no puede ser comprendido. Ni por los hombres ni por sus máquinas.

Y ya cuando uno tiene en consideración la disformidad, ese reino de pesadillas que merodea tras la esfera del tacto, el sonido y la vista, pues... cualquier ser que afirme comprenderlo es un iluso, o un demente.

Entre las razas superiores se encuentran aquellas que conocen sus limitaciones mejor que el ser humano. Comprenden que el cosmos es básicamente inescrutable; aceptan su falta de entendimiento. En comparación, las criaturas de Terra son tan toscas de pensamiento que, a juicio

de estas civilizaciones más cultivadas, resulta increíble que la humanidad sea capaz de entender algo.

Los humanos son seres de alcance corto. Dales naves del vacío, altera su forma mediante técnicas de mejora genética e implantes augméticos y proporcionales armas lo bastante potentes para destruir una estrella, y los hijos de la Antigua Tierra continuarán siendo primates sacados de la sabana. Así como la mente de un simio es incapaz de contener un océano y la noción de todo un mundo le resulta inexplicable, la mente de un hombre es también incapaz de contener el vacío, y las infinidades estratificadas de la disformidad escapan por completo a su comprensión.

El Imperio reclama un millón de mundos como propios. Es un imperio que se extiende fina y sutilmente a través de las agrupaciones de estrellas, con mundos tan distantes entre sí que sustentarlos requiere el esfuerzo sangriento de un sinnúmero de hombres y mujeres. En el gran flujo de la historia, el Imperio es el mayor imperio galáctico de su época. Para quienes lo pueblan, es el más poderoso que jamás ha existido.

Para el universo indiferente, no es nada más que el último de una serie de reinos similares que se remonta a los días de los primeros seres pensantes, a un tiempo en el que las estrellas eran jóvenes, la disformidad permanecía en calma y el terror aún no se había propagado por el plano material.

Algunos filósofos sostienen que la guerra es el estado natural del hombre, y para los habitantes de esta era de sangre es una hipótesis comprobada. La guerra es omnipresente. La paz es el sueño de un Emperador silencioso, quebrantada por sus hijos traidores.

Esos hijos siguieron luchando.

Sobre Thessala, el gigante de gas verde, se enfrentaban dos flotas de batalla cuyas energías titánicas restallaban y parpadeaban en la noche eterna del espacio.

La creación de estas flotas había conllevado el esfuerzo global de los distintos sistemas estelares. Ambas estaban empañadas por la sangre, tanto por cómo se habían constituido como por el uso que se les daba. Los recursos de los planetas se habían destinado por completo a la creación de sus armazones; darles vida había requerido el sacrificio de decenas de miles de vidas y el saqueo de los secretos de las ciencias antiguas. Ambas fueron responsables de la destrucción de civilizaciones.

Las flotas diferían solo en dos aspectos. El primero era su apariencia. Una era un llamativo asalto a los sentidos, mientras que la otra era una colección variopinta de uniformes sobrios. No obstante, la diferencia más fundamental radicaba en su lealtad. La flota sobria luchaba por la prevalencia del gran imperio estelar de la humanidad; la flota llamativa estaba consagrada a su extinción.

Las flotas de batalla se perseguían entre sí por los anillos de Thessala en un lento baile en el que cientos de embarcaciones abrían en el polvo unas brechas que tardarían siglos en cerrarse. Los relámpagos sordos de sus armas llenaban los cielos de las lunas habitadas de Thessala. Si bien las vidas de sus millones de habitantes dependían del desenlace de la batalla, sus consecuencias llegarían mucho más lejos.

En el centro de este ciclón de hierro no había calma, ni un ojo donde poder tomarse un respiro. En cambio, había un par de leviatanes: la barcaza de batalla *Guantelete de Poder* de los Ultramarines y el acorazado *Orgullo del Emperador* de los Emperor's Children. Dos embarcaciones forjadas para una causa común convertidas en enemigas implacables, enzarzadas en un combate mortal y separadas únicamente por cincuenta kilómetros, una distancia ínfima para una guerra del vacío.

Cada una de ellas era la nave insignia de un primarca, unos semidioses producto de la ingeniería genética, creados por el Emperador de la Humanidad. A bordo de la *Guantelete de Poder* se encontraba Roboute Guilliman, el expósito de Ultramar, el Hijo Vengador. La *Orgullo del Emperador* era el hogar de Fulgrim, el traidor, el paradigma caído, el fénix malogrado. Fulgrim, antaño colmado de las bendiciones del Emperador, había seguido al architraidor Horus y juró lealtad a los dioses oscuros.

Al luchar por su padre, los propios hijos de sangre del Emperador fueron padres. Mediante la aplicación de ciencias arcanas, se convirtieron en los progenitores de dos de las legiones de Space Marine, los mejores guerreros de la humanidad. Los Space Marine eran los señores de la galaxia, diseñados para reunir a la raza humana y guiarla hacia un futuro glorioso. Pero fracasaron y se volvieron unos contra otros, desatando una guerra que estuvo a punto de destruir la galaxia. Una guerra que seguirían librando.

¡Cuánta furia puede desatar una flota de batalla!

Puede amedrentar a todo un mundo sin un solo disparo. Puede extinguir la vida de una especie. Las flotas de batalla son las herramientas

de los déspotas, sean quienes sean aquellos por los que luchan. Que sus almirantes abracen la salvación o la perdición resulta irrelevante para la ejecución de su propósito. Van dejando una estela de muerte a su paso.

Para quienes participan en ella, una guerra del vacío es un turbulento y espantoso caos de violencia. Es la cúspide del ingenio destructivo de la humanidad, un tumulto de explosiones gigantescas que acaban con cientos de vidas. En este tipo de combate, una persona no es nada, no es más que una pieza de la maquinaria de la nave a la que sirve, igual de esencial que un engranaje de acero o un indicador luminoso. No puede más que desempeñar la tarea que se le ha asignado y rezar para que su vida no llegue a su fin; o para que, si debe hacerlo, sea desintegrándose de forma indolora. La tarea de un solo tripulante lo domina todo, incluso su miedo a la muerte. Es imposible escapar del servicio. La guerra y el papel que juegan en ella constituyen toda su existencia.

Y, sin embargo, ¿qué es una guerra del vacío para la oscuridad atemporal que envuelve las fútiles motas de mundos habitados? Una guerra del vacío no son más que centelleos en la distancia. Es silencio. Son corpúsculos infinitesimales de materia que estallan y mueren, partículas de metal y carne consumidas por incendios efímeros. La detonación de una nave de batalla de kilómetros de largo es algo insignificante para un cosmos donde la muerte de los soles son meros parpadeos.

A escala galáctica, la pérdida de una nave de combate no es más que un destello insignificante, eclipsado por las velas de mil millones de años de las estrellas.

Pero cuando se trata de una sola persona, sucede lo contrario. Su vida es lo único que importa, pues una vida es todo lo que un ser humano posee, y por ello teme perderla. No obstante, se ve obligada a servir ciegamente, presa del terror. El universo hace muy pocos regalos, y no le importa cómo se gastan.

Sobre Thessala, la humanidad libraba una guerra civil que ya era centenaria. El Emperador de la Humanidad había intentado, sin éxito, unificar los dispersos mundos de la humanidad para que la especie como tal pudiera sobrevivir a la amenaza supernatural del Caos. Sus hijos, los primarcas, a quienes había creado para llevar a cabo esta tarea, también se habían corrompido, y la mitad de ellos se habían vuelto en su contra. A esta guerra se la conocía como la Herejía de Horus, una guerra que había acabado con el sueño del Emperador.

Para los seres de la galaxia, la guerra lo era todo; para la mirada vacía del tiempo, no significaba nada. Y, aun así, pese a la aparente futilidad de la humanidad, los hijos del mejor de sus hijos tenían el destino de dos realidades en sus manos.

Roboute Guilliman permaneció leal a Terra. Su nave estaba austeramente decorada en oro, tanto que rivalizaba con la embarcación de Fulgrim en lo referente a ornamentación. No obstante, si bien la *Guantelete de Poder* era ornamental, la *Orgullo del Emperador* resultaba vulgar. Había sido decorada con abandono: todo lo que podía adornarse se había adornado. Incluso en tiempos en los que ambas naves aún luchaban juntas, su extravagancia nunca había sido del gusto de unos Ultramarines que habían nacido en mundos más adustos. Ahora era un insulto a la decencia, al que habían añadido tantos elementos que cualquier vestigio de arte había quedado oculto por la chabacanería. La dejadez iba de la mano de esta ostentación, lo cual otorgaba a la *Orgullo del Emperador* una fea apariencia. Era una reliquia podrida, como un teatro de una era decadente al que han dejado pudrirse bajo la lluvia.

Sin embargo, la habilidad de la *Orgullo del Emperador* para sembrar destrucción permanecía intacta. A bocajarro, intercambiaba disparos con la *Guantelete de Poder* mientras las naves pasaban lentamente una frente a la otra. Los enormes cañones brillaban al intercambiar proyectiles del tamaño de contenedores de transporte. El espacio que había entre ambas era una maraña letal de rayos de lanza y luz láser. Los escudos de vacío se desdibujaban y echaban chispas con la disipación de las poderosas energías al tiempo que unos relámpagos multicolores cortaban comunicaciones y hacían estallar subsistemas con su retroalimentación a miles de kilómetros a la redonda. Eran el brillo y el destello intermitentes de una colección de armas capaz de arrasarse ciudades enteras.

En torno a estos mastodontes de metal había decenas de naves luchando en silencio, algunas de las cuales eran similares en tamaño y poderío a las propias naves insignia. Todas las que luchaban junto a Fulgrim eran, sin excepción, las naves condenadas de los Emperor's Children. Aunque Fulgrim había perdido su guerra y su humanidad, su legión aún mantenía cierta cohesión. Junto a Guilliman luchaban media decena de capítulos sucesores de la gloriosa XIII Legión, los Ultramarines. Para la legión de Ultramar, el precio de la fidelidad había sido su propia

disolución, y, aunque las formaciones de menor tamaño impuestas por Guilliman tenían sus puntos fuertes, también tenían sus puntos débiles.

A pesar de la genialidad estratégica de Roboute Guilliman, los leales se habían visto superados y habían sido capturados. Su persecución del primarca caído se había convertido en una lucha por su propia supervivencia. Tres elementos de la flota de los Emperor's Children habían atrapado a los leales sobre Thessala; Fulgrim había convertido su vuelo desde Xolco en una trampa devastadora.

Antaño, Roboute Guilliman no habría cometido semejante error. Tal vez lo acontecido sobre el planeta esmeralda fuera un mero accidente; después de todo, Fulgrim no era un contrincante cualquiera. Si Guilliman finalmente fracasaba, no cabía duda de que la historia sería benevolente con él, siempre que quedara algún hombre bueno para escribirla.

Tal vez lo cierto fuera que la rabia había nublado el juicio del Hijo Vengador. Tal vez, se atrevían a susurrar algunos, Roboute Guilliman había dejado que su deseo de venganza se apoderara de su razón.

Roboute Guilliman estaba bajo presión. Aunque varios hijos de sangre del Emperador continuaban siendo defensores de la humanidad, el Imperio herido veía a Guilliman como su salvador. Todo ser humano, sea un semidiós o un campesino, tiene su límite, y la carga que había recaído sobre Guilliman era la más pesada de todas.

La *Orgullo del Emperador* se escoró para mejorar el ángulo de fuego de sus armas de babor. En respuesta, la *Guantelete de Poder* intensificó su andanada, haciendo que el escudo de vacío que cubría las torres ventrales de la *Orgullo del Emperador* se apagara.

De repente, una sucesión de explosiones recorrió las placas de blindaje del casco incrustado de oro y suciedad.

Se había abierto una brecha.

A bordo de la *Guantelete de Poder*, un centenar de los mejores guerreros de Ultramar aguardaban sobre bloques de teleportación rodeados por el zumbido de las máquinas. El grupo estaba formado por cincuenta guerreros de la 1.^a Compañía y por cincuenta de la 2.^a, todos ellos ataviados con el azul oscuro del capítulo de los Ultramarines. Los cascos blancos de los marines veteranos de la 1.^a Compañía, ocultos bajo las capuchas de las armaduras de exterminador, contemplaban a los

cientos de tecnoadeptos y tripulantes mortales que trabajaban para allanar el camino de los Ultramarines por la disformidad.

Los marines de la 2.^a Compañía llevaban servoarmaduras estándar, que los servidores de armamento equipaban con altos escudos de abordaje. Sus armaduras no tenían el grosor de las armaduras de exterminador, por lo que los escudos, aunque voluminosos, aumentarían su capacidad de supervivencia en la lucha cuerpo a cuerpo que tendría lugar durante el abordaje.

Los trenes de munición retumbaban por la cubierta. Varios sirvientes del capítulo de los Ultramarines, elegantemente uniformados, entregaban municiones a sus amos mientras los guerreros potenciados hacían comprobaciones de última hora sobre sí mismos y sobre sus hermanos. Los capellanes iban de una plataforma a otra escuchando juramentos y fijando papeles a las armaduras con unos sellos de lacre que siseaban al estamparlos con hierros sagrados. Fuera humano o transhumano, cada miembro del capítulo trabajaba con perfecta eficiencia. Aun así, tan comprometidos como estaban con sus preparativos, todos se mantenían pendientes del gran pasaje abovedado que conducía a la cubierta.

La nave se sacudió con violencia. Sonaron las alarmas. Los lúmenes echaron chispas y se apagaron en parte de la cubierta. Una sección de la torre de lanzamiento se desprendió con estrépito entre la maraña de puntales y tuberías que obstruían el alto techo. La tripulación continuó desempeñando su trabajo sin prisas y con determinación. Se dio la orden de redirigir la energía. Los equipos de emergencia formados por hombres del vacío armados y servidores especializados empezaron a retirar los restos. Se restauró el orden por completo.

La calma era tal que resultaba fácil olvidar que la nave se encontraba bajo el implacable fuego enemigo. Sin embargo, no cabía duda de que estaban perdiendo.

No era así como se esperaba que iría la batalla.

Por los transmisores de voz fijados a las columnas y los muros se oyó una voz entrecortada.

—*Escudos desactivados en la Orgullo del Emperador. Preparaos para el asalto.*

El estruendo de los preparativos y el tumulto de la guerra que inundaron la nave ahogaron las palabras, pero no se repitieron, pues la audición superior de los marines las habría captado todas.

Poco después hubo un toque de trompeta, lo bastante nítido y fuerte como para que mortales y transhumanos pudieran oírlo por igual. Los sirvientes de Ultramar dejaron lo que estaban haciendo y se pusieron firmes.

Una imponente figura ataviada con la famosa *Armadura de la Razón* avanzaba a grandes zancadas por el pasaje abovedado. En la mano izquierda llevaba puesta la *Mano del Dominio*. Ceñida a la cintura llevaba la mismísima *Espada del Emperador*. El portador de estas armas era mucho más alto que la guardia de Suzeranos Invictarus que lo escoltaba. Irradiaba un poder y un propósito tales que hacía que a los mortales se les cortara la respiración.

—¡Primer capitán Andos, segundo capitán Thiel! ¿Están listas vuestras compañías? —preguntó el gigante.

Los dos capitanes cruzaron la sala para reunirse con su señor. El segundo capitán Thiel iba sin casco y llevaba una servoarmadura repleta de condecoraciones, mientras que el primer capitán Andos estaba completamente enfundado en una enorme armadura de exterminador. Saludaron a su padre al estilo ultramarino, cruzando un puño sobre el pecho, imitando el que antaño fuera el símbolo de la unidad.

—¡Mi señor Guilliman! Vuestros veteranos esperan vuestras órdenes —resonó la voz de Andos a través del transmisor de voz situado bajo su casco.

—Estamos preparados, mi primarca —añadió Aeonid Thiel. El sonido de su voz, profunda y suave, no estaba moderado por la maquinaria. No había pasado mucho tiempo desde la Herejía y, aunque Thiel aún era joven para ser un marine, tenía el rostro marcado por las preocupaciones.

Guilliman bajó la vista y observó a sus capitanes con resolución. El primarca superaba en estatura incluso a Andos con su gigantesca armadura de exterminador. Era un semidiós, el poderío de la humanidad capturado y moldeado en carne y hueso.

Thiel le devolvió la mirada, incapaz de apartar los ojos del rostro de su padre genético. Thiel era un buen guerrero, puesto a prueba en batalla en numerosas ocasiones, sin miedo a decir lo que pensaba y lo bastante modesto para ocultar el amor que sentía por su señor, aunque brillaba en su rostro como una luz.

«Cuánta devoción me profesan —pensó Guilliman—, aun cuando les estoy fallando».

Solo unos pocos de quienes integraban su legión original seguían con vida, y sus reemplazos habían nacido en una época diferente, más incierta. El aprecio de Thiel se había atemperado tras una larga amistad, pero nunca había perdido su espíritu rebelde. Los marines más jóvenes eran otra historia. Guilliman recordaba tiempos en los que sus guerreros se mostraban menos reverentes. Eran tiempos mejores.

—Saldremos de inmediato —anunció con voz firme—. El traidor no volverá a escapar. Los guerreros de seis capítulos están preparados para ayudarnos. No fracasaremos. A vuestros puestos, preparaos para teleportación en masa.

—Mi señor, estamos preparados —dijo Andos con cautela—. Pero el enemigo nos superará ampliamente en número. Me preocupan nuestras probabilidades de éxito. ¿Qué acción práctica deberemos adoptar si la resistencia resulta abrumadora? El segundo capitán Thiel y yo opinamos que vos deberíais permanecer aquí. Mantendremos ocupado al enemigo mientras la *Guantelete de Poder* se retira. No podemos...

El Hijo Vengador acalló a Andos con una mirada.

—Ya se ha derramado demasiada sangre en mi nombre. No rehuiré esta pelea —declaró Guilliman en un tono que no admitía discrepancia alguna—. No habrá ninguna retirada hasta que la *Orgullo del Emperador* esté maltrecha. Debo enfrentarme a mi hermano y ocuparlo mientras se completan estas tareas. Y, si debo luchar contra él, acabaré con su vida, o moriré en el intento. No puedo permitir que vuelva a escapar sin castigo. Hijos míos —añadió en un tono más suave—, esa es la única manera de escapar de esta trampa.

Andos inclinó la cabeza. Thiel se detuvo un momento, indeciso, antes de hacer lo mismo. Seguro de contar con su aprobación, Guilliman tomó el casco de una plataforma gravitatoria empujada por dos mortales. Se subió a la plataforma de teleportación directamente, sin usar los peldaños que salían de la cubierta, y se volvió para dirigirse a sus hijos.

—Ahora, guerreros míos, ¡mostrémosle a mi hermano las consecuencias de volverse contra el Imperio de Terra!

—¡Marchamos por Macragge! —rugieron, y el conjunto de sus voces fue suficiente para ahogar el estruendo de la batalla.

Los Suzeranos Invictarus de Guilliman lo siguieron hasta la plataforma. Colocaron los escudos a su alrededor para formar un muro de defensa y prepararon las hachas para la teleportación a la zona de combate.

Para sus hombres, Guilliman era un líder infalible con habilidades supernaturales. Incluso entre los Ultramarines, racionales por naturaleza, que consideraban al Emperador de la Humanidad un hombre y no un dios, y veían de la misma manera a sus hijos primarcas, una sensación de admiración casi religiosa había impregnado su actitud hacia él. Algo que no había hecho más que acentuarse desde los últimos días de la Herejía.

Pero Roboute Guilliman no era infalible.

Sabía que este plan de acción estaba plagado de riesgos. Andos no se había equivocado al plantear la posibilidad de una derrota. El primarca solo deseaba poder elogiar a su hijo por su perspicacia en lugar de tener que desestimar sus preocupaciones. A todos los efectos, su campaña contra los Emperor's Children había fracasado. Todas las piezas estaban sobre el tablero, solo quedaba una opción real: la retirada.

En ese momento, una retirada era imposible. Si la *Guantelete de Poder* se alejaba del combate, la *Orgullo del Emperador* infligiría grandes daños a la barcaza de combate. Entonces, lo más probable era que Fulgrim lanzara su propio ataque para intentar abordar la nave en cuanto hubiese destruido sus defensas. Guilliman no podía permitir que su hermano lanzara un ataque cuando se le antojara.

La poderosa mente del primarca había examinado todas las posibilidades. Sus propios tratados estratégicos lo instaban a retirarse rápidamente, a formar una retaguardia de combate para retirar tantas naves como le fuera posible y minimizar el daño infligido a su nave insignia sacrificando gran parte de su flota. No obstante, sacrificar las vidas de otros hombres para salvar la suya no era del agrado de Guilliman si consideraba que existía una posibilidad real de lograr la victoria. No podía dejar pasar la oportunidad de matar al traidor de su hermano. Guilliman llegó a la conclusión de que, desafiando sus propias ortodoxias tácticas, podría sorprender a Fulgrim.

Era arriesgado. Cabía la posibilidad de que Fulgrim hubiese desactivado los escudos de su nave a propósito, que se tratara de una recreación burlona del último gambito de Horus para atraer al Emperador a bordo de su nave cuando el asedio a Terra llegaba a su fin.

Pero Guilliman tenía sus propios planes. Otras fuerzas de abordaje procedentes de múltiples capítulos se teleportarían simultáneamente, encargadas de completar objetivos de apoyo mutuo en la sala de motores,

el puente de mando, la sala de navegación, el polvorín, el puente de mando auxiliar y la sala de control de artillería principal. Si la mitad de los equipos de asalto de Guilliman tuvieran éxito, dispondrían de una buena oportunidad de inutilizar la *Orgullo del Emperador* desde dentro. Sus guerreros tenían órdenes de retirarse inmediatamente después de lograr sus objetivos. Se aseguraría de que sobrevivieran tantos como fuera posible; no permitiría que sus hijos pagaran el precio de sus equivocaciones.

Debía saldar las cuentas de sus errores.

Guilliman no podía negar que lo habían engañado y que había mordido el anzuelo como un pez. Todo lo que podía hacer ahora era forcejear hasta liberarse y morder a quien le había tendido la trampa.

—¡Preparaos! ¡Nos vamos a la guerra! —gritó.

A su señal, las máquinas de la cubierta de teleportación cobraron vida. Las gigantescas columnas de reacción crepitaban con el aumento de energía, alimentando los matrices de enfoque, que rasgarían el velo entre el espacio real y la disformidad, y haciéndolos brillar con una luz dolorosa. A medida que su brillo se intensificaba, varias volutas de cuerposanto empezaron a filtrarse por las clavijas de iniciación y a introducirse en unos frascos de contención, donde se retorcían como si estuvieran vivas.

«Muchos de mis hermanos están muertos, han caído en las garras del Caos o se han perdido —pensó Guilliman—. Dimos por sentado que éramos inmortales, pero no lo somos. A mí también me llegará mi hora, pero no hoy. No a manos de Fulgrim».

Los mecanismos arcanos de teleportación rugieron y zumbaron, haciendo temblar la cubierta con su creciente actividad hasta alcanzar su punto más álgido.

Un chasquido estridente y un destello de luz actínica tiñeron la cubierta de teleportación de blanco. Unos vapores inhibidores comenzaron a emanar de varios tubos en anticipación a incendios que pudieran iniciarse en la sobrecargada maquinaria. Los hombres de armas humanas alzaron sus escopetas, preparados para una posible brecha en la disformidad o alguna incursión demoníaca.

No hubo nada. Las señales estroboscópicas parpadearon: rojo, rojo, rojo y luego azul.

—*Teleportación exitosa, teleportación exitosa* —zumbó una voz mecánica.

Los lúmenes volvieron a encenderse. Los depósitos de descargas energéticas se vaciaron con el sonido de gritos a medio formar. Los conductos

de ventilación atmosférica disiparon el humo para revelar las plataformas vacías. Los adeptos consultaron las pantallas de vídeo y las tiras de papel de los cogitadores, y, al comprobar las lecturas, el alivio en sus rostros fue palpable.

Roboute Guilliman y sus guerreros se encontraban a bordo de la *Orgullo del Emperador*.